

Baja Andesia: sed y poéticas tramontinas.

Un desvío etnográfico a mano alzada

Pedro Araya

Poeta, Équipe anthropologie de l'écriture, IIAC/EHESS-CNRS

Si yo fuese dromedario no tendría sed. ¿Qué hora es?

Vicente Huidobro

1.

El antropólogo-poeta-ponencista despierta luego de un sueño intranquilo. Tiene sed. Algo recuerda. Un escozor, dice, un poco antes, en la misma, como de ron, como de vino y el fumadero de las caras; como si, apenas, algo de lo exagerado de una opinión, entre una cosa y la otra, hubiera olvidado. Sabe que debe hablar aquella misma mañana. Sabe. La pata de los caballos, piensa. La tribu estará reunida. No la suya. No se suscita la imaginación ni se apela a la libertad ajena impunemente, recuerda.

Algo recuerda. La mano cuelga y se anima, tantea y da con una hoja, una nota dactilografiada que lee: *Baja Andesia*. Dos supuestas provincias de una supuesta república (Andesia) imaginada por el poeta dandy Vicente Huidobro en sus años de candidato a la presidencia. Baja Andesia y poesía. Algo recuerda: notas, pedazos de entrevistas truncadas, imágenes. Dos provincias surcadas por dos tribus, dos caras de una moneda que no cae del todo y de la que nadie se hace cargo. Poetas, se dice. Etiquetas. «País de poetas», «País de narradores», con la arrogancia de arrogarse un lado y un peso.

El antropólogo-poeta-ponencista se lanza, entonces, hurga, se pregunta, devanea, trapeando aún bajo la lengua la minucia y el enfermante relevo de detalles, la criba, el sesgo. Para encontrar otro modo. Para no caer en *lo mismo*: eso de seguir a uno y otro lado, parco, como si «uno» y «otro lado» fueran dos estancos distantes, impermeables al tránsito, eso que estropea la nación y su resonancia. Para arremeter otra vez y partir esta vez por filamentos, filigranas, rumores, señales apenas señaladas. Comenzar por la extrañeza del amigo, los

pálidos lectores que conoce, apropiarse de su voracidad y su sed, ir tanteando y sopesando de contrario, levantarse con la izquierda, para caminar errático.

2.

La primera nota la descubre bajo la cama. Lee: la poesía en tanto que *práctica*. Práctica de escritura, práctica de lectura, práctica de biblioteca y de beber esa circulación, flujo. Suponer que escribir significa algo más que tomar lápiz y papel, o teclear sobre una máquina dada. Y al margen, apenas legible, indicaciones imprecisas en torno a los años 80 y 90, supuestas modalidades materiales de intercambio y la existencia previa de una sed común. Sed que, en sus diversas acepciones, daría lugar a búsquedas de encuentro en torno a la sobremesa rociada de alcoholes, al intercambio oral, al trueque libresco, a proyectos trancos y vueltos a retomar, a revistas efímeras, etc. Saciedad y desalteración. Sed, primero en el marco de las dictaduras a uno y otro lado, y posteriormente al desparpajo neoliberal. Sed que posibilitaría el surgimiento de poéticas tramontinas, que buscan airearse más allá de su propio lugar. Irse pa'l monte pues el monte es sutura, lugar de acceso y no de corte. El monte cordillerano como paso. Allí mismo. Como en el allí que puede ser remontado.

3.

Bajo la almohada una nota: Entrevista al antropólogo-poeta Yanko González Cangas, toma 2. Con lápiz rojo una indicación: secuencia interrupta, frustración debida al abandono técnico, inicio del devaneo, envío y deriva. Lee:

Entrevista a Yanko en su oficina de la Escuela de Antropología, Universidad Austral de Chile, Valdivia, abril del 2006 (transcripción)

Mi convicción personal es que desde hace al menos quince años la poesía argentina brincó tan lejos que muchos de los coqueteos liricones latinoamericanos aparecen remedos vinagres. Y en realidad es una lectura presentista, porque en realidad, claro, como estoy dentro de la misma sensibilidad, dentro de las mismas coordenadas de sensibilidad, compartimos algunos de los referentes comunes con los autores argentinos, me parece que ocurrió un salto cualitativo y es un enorme aporte dentro de la poesía latinoamericana actual.

Quizás hay un sesgo de presentismo, en la medida en que estoy evaluando con elementos del presente la Historia, ¿cachái? [...]. Lo que te conversaba ayer era que, por esos referentes comunes, [...] hay códigos emergentes compartidos, que me hacen valorar, me hacen tener una alta valoración estética por la producción poética argentina.

Ahora, es cuestión también de probabilidades. Porque, siempre también lo he dicho, es decir, el país, Argentina, un país con una historia de...plic plic pliiiiiiic

4.

Anota: la transcripción anterior es un recorte, en su sentido amplio. Recorte técnico, recorte sonoro, mas también recorte óptico de quien habla y de quien escucha. Recorte que sirve de envío. Sesgo que es recorte que es criba, por ahora. Por ahora no sabe qué escribir. Criba. Piensa acaso. Piensa que en la práctica de la poesía estriba lo mismo. Se levanta. Escribir es levantar la cabeza, se dice. Recordando el eco.

El antropólogo-poeta-ponencista se toma una ducha. Debe refrescarse. El agua ayuda, se dice. El ejercicio es breve. Surgen imágenes que, si bien borrosas, debe anotar en un papel, se le amontonan en la cabeza. La estela de sus pasos van del baño a la mesa a un lado de la cama. El papel es poco, del pelo caen gotas, anota con rapidez:

Imagen I:

Santiago de Chile, abril del 2005. Encuentro de poesía Juan L. Ortiz. Por la tarde, una lectura de poetas frustrada en la Universidad de Chile, falta de público, de afiche, de organización. En la cafetería, el tiempo mínimo para conocer a Martín Gambarotta. Me lo presenta Sergio Parra, no iba a ser de otro modo. Por la noche reunión en un bar. Una mesa. A mi derecha Gambarotta, Alejandro Rubio, más allá otros de su tribu que han venido, Raimondi, creo. A mi izquierda Andrés Anwandter. Conversación: la música, entre otros, de los Beach Boys (clase magistral, sin aspavientos de Anwandter, el tipo calmo que se las sabe), música electrónica y otras que desconozco. Yo de observador, poco puedo decir. Tomamos, comemos, tomamos. Recibo un libro de Gambarotta. Generosidad. No sé qué decir. Angola.

Al día siguiente debo viajar al sur. El antropólogo-poeta Yanko González viaja a Santiago, al encuentro. Es presentado a los poetas. Conversan, mucho. Parra, poeta, llamado el hombre de negro, media y participa. Son sus amigos. A los días González vuelve y me cuenta lo bien que lo ha pasado. Conocer a los poetas argentinos, airearse un poco. Leer con ellos. Tomar, conversar, tomar. Hablar de esos "libritos" que le llegaban en los 90. *Vox et al.*

Al poco tiempo aparece en la revista virtual de Gambarotta una serie de poemas de Tom Raworth traducidos por Anwandter. Al año González viaja a Buenos Aires, con Parra y Pepe Cuevas al encuentro de poesía Salida al Mar. No por nada.

Imagen II :

Una serie de fotos. Encuentro Salida al Mar, Buenos Aires, 2006. González y Gambarotta conversan, cada uno tiene una copa de vino en la mano. La leyenda de la

foto indica que ambos se están tomando “hasta la molestia”. Tres poetas chilenos han sido invitados al encuentro. Salir al mar implica bañarse en él, me digo. González me envía unos poemas recientes: uno de ellos, dedicado a un tal *martín g.* No por nada.

al bajarse en el bareto, por marroca pelo rizo ojera ancha
le insultan le mentan el coño la madre
disimula, sigue sin más silbando por su marcha.

pero por dentro está muriendo

O QUÉ PENSABAS.

Imagen III:

Sergio Parra, el hombre de negro, hace unos años, hablándome del “callejeo” como premisa y motor de la obra de varios de sus congéneres.

La poesía venía del callejeo bajo la dictadura, me dice. Algo que se perdió. Algo que nos une con los poetas argentinos de aquellos años. ¿El callejeo? Claro, el transeúnte que divaga entre las ruinas de la ciudad. Que se reúne con otros a conversar y a tomar. Hay una sed que se vislumbra. Pero ya no, dice. Aunque igual me lo recuerda después de 5 mojitos que le “caen tan bien al estómago, será por la yerbabuena”. Será.

Nuevamente Parra: su primera librería, a base de alcohol y trueque, revistas y libros de América Latina, sobre todo Buenos Aires. Llegaban en las maletas de los que viajaban. Libros de ida, libros de vuelta. Su primera revista, *Matadero*, de sólo tres números y en actual stand-by: consejo editorial, amigos (poetas) de latitudes diversas; funcionamiento:

revistas por revistas; publicaciones de inéditos y también de pequeños libros ya editados en otras latitudes, inencontrables a este lado de la verdad: *Flores* de Bellatín, *Zelarayán* de un tal Cucurto, acusado de pornografía, libro quemado, tal como se indica en la nota que lo acompaña. Mismo sistema que sigue utilizando, a veces, con su nueva librería, *Metales Pesados* (título del libro de González); veo libros de Eloísa Cartonera, por ejemplo. Claro, ha publicado allí también. Como otros. Veo cosas de Belleza y Felicidad, Paradiso, Vox, Interzona, etc. Y no para.

Imagen IV:

Nuevamente el departamento céntrico de nuestro hombre de negro, año 1999, me parece. Cena con el poeta sureño Jorge Torres, González y el poeta argentino Daniel Samoilovich, quien ha venido a un encuentro. Compramos comida y vino, no hay dinero para restaurantes. Nos preparamos para una noche larga. Entre los temas, poesía, a no. Recuerdo la conversación, sobre todo, liderada por González y Samoilo, en torno al libro *Un etnólogo en el metro* (Marc Augé). Libro en el que la escritura tiene su parte, aquella del recorte subjetivo, para dejar más en claro que su objeto se mantiene: la relación con y hacia los otros, que le da sentido a los itinerarios individuales. Quizás hay en esa mirada algo de común a la nuestra: es esa misma sed

de/por el otro, sed de conversa, de aireo, de lectura, que le da sentido a nuestras individualidades, conjeturo.

Se conversa de proyectos, de lecturas, de posibles colaboraciones con la revista *Diario de Poesía* (en eso seguimos). De vuelta en taxi con Samoilo, no tengo dinero y él paga. Vergüenza. Luego de continuar unos metros, pido al taxi que pare, me bajo y sigo a pie. Al tiempo leo que González colabora efectivamente con la revista: una columna de comentarios y evaluación de revistas electrónicas de poesía, poemas publicados, antología.

5.

El antropólogo-poeta-ponencista intuye. Algo intuye. Intuye que estas imágenes algo dicen de una práctica que se expande a uno y otro lado (y esto, aunque conozca más un lado que el otro). Flujos de libros que son flujos de poéticas, que son flujos de lecturas, que son gatilladores de escritura. La escritura como acción, piensa. El curioso por las tribus cercanas. Práctica de construcción de bibliotecas curiosas. Curioso que es básicamente una sed. Sed poética, sed práctica, sed antropológica, que viene en mayor grado del país de narradores. Quizás a ello mismo se refiere en la entrevista trunca el antropólogo-poeta YG, intuye.

Quizás a ello se vincula su observación que constata ese brincar lejos que deja muchos de los coqueteos liricones latinoamericanos como remedos vinagres. Sensibilidades compartidas. Más aún, sensibilidades comunes descubiertas por la sed, por ese juego de despliegue y repliegue efectuado por las tribus a uno y otro lado de los territorios. Pero desde cuándo, se pregunta el antropólogo-poeta-ponencista. Hurga mientras deja preparándose el café.

6.

Junto al pantalón encuentra una nota, tachada y subrayada, recortes de diarios.

Entrevistas al hombre de negro: Sergio Parra, poeta, librero y editor.

I. En Buenos Aires:

[...] La librería se ha convertido en una de las más famosas de Santiago, ergo de Chile. Pasa todo el mundo por allí, a tomarse un café, a conversar, todos los escritores de América Latina y Europa que están se dan una vuelta, se juntan, hasta se han armado proyectos.

[*Al margen: En donde se habla de la relación con la poesía argentina*]

Ah, realmente es un pololeo intenso, un amorío frenético, de mucha relación de amistad. En 1986¹ llegaron en bus 35 poetas argentinos a un encuentro en Chile y ahí

¹ Habría que corregir la fecha, sopesar los datos. Aunque sea lo de menos... le dice D. G. Helder.

nos hicimos todos amigos. Fabián Casas, Daniel Durand y los que de alguna forma marcaron la poesía de los 90 en Buenos Aires. Desde entonces tenemos una correspondencia fluida de libros, también con el *Diario de Poesía*, que para nosotros era como alguien llegado de otro planeta con todas esas noticias de traducciones.

Fue muy intensa la amistad que había entre los poetas, que nos mandábamos los libros, y hasta participamos en conjunto de algunas antologías como *ZurDos*. Y fueron ellos mismos los que nos mostraron a los más jóvenes como Washington Cucurto, Martín Gambarotta o María Medrano, por decir algunos.

[...] En Chile existe la autoedición, es más barato publicar. Pero eso no quiere decir que sea de la misma calidad. En la Argentina hoy se escribe una de las mejores poesías de Latinoamérica: hay mucha autocritica gracias a la buena lectura de la tradición que hacen los poetas de menos de 30 años. En cambio, en Chile hay más ingenuidad en los poetas jóvenes.

En una segunda hoja de papel:

II. En Santiago:

Los 80 era un estado Bukosquiano en alguna forma, y los más Bukosquiano éramos los de plaza Italia para abajo, ya que nuestros apellidos, origen, barrios, no guardaban ninguna relación con el poder, ni con el hijo rebelde de familia acomodada que se liga a la oposición para sacarle canas a su padre, ni con los herederos de la estructura del gobierno o los gobiernos anteriores a la dictadura [...].

En los ochenta los de plaza Italia para abajo no teníamos techo, ya que nuestro único techo fue bombardeado, (la moneda) y las calles eran nuestro hangar creativo, vivíamos en piezas y luego a las calles, escribí muchas veces de pie, en aquel escenario era necesario permanecer de pie, en movimiento, discutiendo, manifestando las ideas, escuchando a Los prisioneros, a Los jorobados, a Sumo, a Viena (en su momento) etc. El Rock que dejaba ver la médula de su producción. Un escenario de barriada, de un Santiago atestado por la fuerza pública, donde la cesantía crecía de forma vertiginosa junto a la generación de la desesperanza, por lo tanto el individualismo ahí no tuvo cabida y el cuerpo social se estructuró en base a otros valores como el compartir, el vino sobre todo y los deseos.

[...]

En mi visita a Buenos Aires vi un graffiti el cual decía, “Luca Vive”, es un signo de respeto a sus muertos, a la memoria, tal vez por aquello el rock argentino es tan fuerte, saben que después de todo las canciones no son un juego.

7.

Se vislumbra una escena inicial, acaso, de contacto. Mito local que habla de otra cosa que de su ilusión de verdad. Se vislumbra una sed que obliga a descubrir a los otros. Sopesar líneas de lectura, si lo podemos plantear así. Poetas que son lectores, seres obsesos acaso distraídos, en un devaneo vagabundo, pero acaso bizco, con la pupila abierta a lo que se le opone, a lo que le sale al paso. La fuerza de la situación, la serie inaugurada por el evento de la destrucción del techo común. El golpe como evento común y que necesita ser tensionado, puesto sobre la mesa de las significaciones. Poetas burlescamente actuales con una lógica y un diálogo que permea no sólo su escritura y lecturas, sino que se transforma en una conversación estética (y acaso política, claro) que se extiende como eje. Una práctica de lectura, acaso siempre inactual, que fuerza a buscar claridad en otra parte. La lectura como arte de la réplica, diría el viejo Pound.

Algo sabemos, algo de las historias posteriores a dichos viajes, encuentros e intercambios, y algo de los indicios anteriores: revistas como el *Diario de Poesía* que incluyeron varios dossiers de poesía y/o poetas chilenos, colaboraciones directas de poetas, a uno y otro lado de los montes, publicaciones que comenzaron a dar la pauta: el *Primer Libro* de Soledad Fariña, *La bandera de Chile* de Elvira Hernández, publicados ambos en Buenos Aires, en Tierra Firme y Último Reino. Sensibilidades comparables que se vislumbran en los más jóvenes, ritmos incipientes en la prosodia. Localismo que se deja leer en otras latitudes. Amistades intermitentes que forman red.

8.

De allí las palabras de Felipe Cussen: «Uno de los efectos más perjudiciales de la estúpida leyenda “Chile, país de poetas” es creer que basta con leer a los 2 ó 3 próceres nacionales para darnos por satisfechos en nuestro conocimiento de la poesía universal y cerrarnos de paso a las importantísimas tradiciones de otros países, incluidos vecinos como Argentina (“país de narradores...”). Ésta es una perfecta excusa para quien prefiera flojear²».

De allí también la sensación que pervive la lectura de las palabras del lúcido Arturo Carrera al referirse (en el ensayo *La campana de palo*) a algunos de los rasgos de la poesía de los jóvenes de los noventa. Rasgos, piensa el antropólogo-poeta-ponencista, que podrían

² F. Cussen, «El silencio no es tiempo perdido», disponible en la web: www.letras.s5.com/fc270405.htm

perfectamente aplicarse a la obra de algunos de ambos lados: ésa idea *de una poética que quiere redimir la ficción*, que se las ve, con una vuelta de tuerca, más que temática, también, y sobre todo, formal, con un realismo crítico. Pero más aún: habría otro punto, insiste Carrera, ya no de la obra sino de la teoría de la lectura. Teoría y práctica, añadiría el antropólogo-poeta-ponencista, mientras subraya las siguientes palabras del poeta en su ensayo:

Hace unos años, en la presentación del libro *Punctum*, del joven poeta argentino Martín Gambarotta, escuché lo siguiente: “Siento que no puedo escribir si no leo a mis contemporáneos”.

Creo que esta frase contiene una revelación que cambia la historia de la poesía contemporánea³.

9.

Sensibilidades emergentes, sed literaria, sed literal acaso. Prácticas en definitiva ubicables en los textos mismos. Beber *de* otras aguas, beber *con* otras tribus. Creación, siguiendo a Carrera, en la propia poesía de los jóvenes de una suerte de micropolítica de la lectura que borra los géneros o los desestabiliza mediante una omnilectura u omnipresencia crítica de los mismos. Deseo de desalteración. Las querellas, estéticas y éticas, siguen, pero relativizadas por el cambio de universo cultural. ímpetu de poetas, ímpetu de lecturas poéticas y críticas, sumadas a la formación de grupos, publicación de libros y antologías, premios y toma del espacio público. La ciudad se ve invadida por grupos que se organizaban en torno a talleres, revistas, cenáculos o simplemente recitales, dando un nuevo empuje a la tradición. Escribir poesía, exponerla.

10.

El antropólogo-poeta-ponencista debe marchar hacia el lugar de su intervención. Sabe que lo esperan. Decide darse unos minutos para garabatear, anotar la conjetura de un quiasma, ése del *sermo plebeius* (aquí vuelve sobre Carrera) que se instalaría en el poema. Y avanza: si las prácticas de lectura, de escritura, de conformación de bibliotecas, no son equivalentes, y así obvia y afortunadamente difieren mucho a veces, da la impresión de que se piensan menos hoy en día en términos inmediatamente jerárquicos de «alto» y «bajo», que en términos de

³ A. Carrera, «La campana de palo», *Radar Libros*, *Página/12*, 4 de enero de 2004, disponible en la web: www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-888-2004-01-04.html

coexistencia horizontal de diferencias asumidas. Cambio de una impostura por otra, acaso. La cultura y el arte de hoy en día son controlados por la coexistencia y la aceptación de las diferencias, por la circulación y los intercambios entre los territorios, las prácticas, los materiales, los universos. Hemos pasado de un período de exclusiones y de confrontaciones a un período de mezclas y de aleaciones. Los pensamientos de «o» dando paso a los de «y».

Pero, ¿y la forma, el ritmo, el acento ? Modalidades acaso no puramente estilísticas, reconocibles, sino también políticas, lugares de anclaje de micropolíticas a descifrar y expandir.

Lejos de las obligaciones modernistas de pureza (pureza de los soportes, de las prácticas, de las formas, de las referencias, de los compromisos estéticos, y obviamente pureza del no-uso, de la inutilidad), la poesía actual, o parte de ella al menos, teje relaciones impuras con lo real, «la realidad», procediendo a reagenciamientos materiales de signos e imágenes, construyendo ficciones. La impureza de las ficciones, de las mezclas y reagenciamientos como enfoque renovado de lo real. La impureza como manera para la poesía de ser política, de producir efectos en lo real, como manera «de construir cartografías de lo visible, trayectorias entre lo visible y lo decible, relaciones entre los modos del ser, los modos del hacer y los modos del decir» (Jacques Rancière).

El antropólogo-poeta-ponencista relee lo anterior y no sabe, se dice. Lo deja, por si acaso. Se sabe en medio del baile también, por lo que el sesgo es notorio. De seguro que «la poesía de los 90 ya fue». Pero no se ha terminado. Las tribus siguen escribiendo, a ambos lados, buscando el pulso de las experiencias actuales, «explorando voces y géneros que expresen los nuevos desafíos que la urbe amplifica». Se incorporan nuevos nombres, formas naciendo, indicios de nuevas sensibilidades. La heterogeneidad como marca se amplía. La sed sigue. Aquella de los desconocidos dándose forma, de alguna manera.

El antropólogo-poeta-ponencista se siente obligado entonces a volver sobre lo escrito, las notas, el orden de su devaneo, para llevar a cabo su propia práctica y observarse observar. Volver desde esta idea de la poesía en tanto *práctica de la sed* a visitar los textos de aquende y allende.

Anota: la puerta queda abierta a la exploración de sus partes. La prueba de ello se encuentra en los desbordes de nuestros tamices que los propios poemas llevan a cabo. Pues siempre nos quedamos cortos de contención.

11.

Pero entonces el antropólogo-poeta-ponencista debe partir. De ésta no se libra. La pata de los caballos, piensa. Tiene sed. Mucha. Cita de memoria dos textos, uno de cada lado:

Quevedo

Retirado en la paz de este pequeño apartamento
con pocos pero doctos libros
vivo en conversación con los vecinos
con los cuales nos cruzamos al dejar
pequeñas bolsas de basura
junto a la escalera del séptimo piso
Por las mañanas salgo a la calle
al local más cercano bebo café
miro lo que sube y baja
también junto migas de pan de secretas
formas
sobre el mantel de plástico
y miro a las muchachas con sus uniformes
azul – amarillo
mi vida creo no podrá hacerse notoria
y bien lo sabemos los dos
cuando salimos a buscar
por las calles de la ciudad
(como antaño otro poeta)
la sucia trapería del corazón.
Sergio Parra

Sin llaves y a oscuras

Era uno de esos días en que todo sale bien.
Había limpiado la casa y escrito
dos o tres poemas que me gustaban.
No pedía más.
Entonces salí al pasillo para tirar la basura
y detrás de mí, por una correntada,
la puerta se cerró.
Quedé sin llaves y a oscuras
sintiendo las voces de mis vecinos
a través de sus puertas.
Es transitorio, me dije;
pero así también podría ser la muerte:
un pasillo oscuro,
una puerta cerrada con la llave adentro
la basura en la mano.

Fabián Casas

Y sin dudas que ve algo. Vecinos, sed, conversación. Poetas cruzándose al dejar sus pequeñas bolsas de basura en el edificio *Baja Andesia*. Inquilinos, como aquellos: «se perseguían mutuamente en los rellanos. Cada uno sabía dónde estaba el otro, aunque el terreno había cambiado» (Malamud). Tal vez así. Aunque tal vez.

12.

Antes de cerrar la puerta y encender un cigarrillo el antropólogo-poetaponencista coge sus llaves, mira por el pasillo a oscuras, imagina una calle de la ciudad, tantea unos papeles en su bolsillo que no existe. Se dice: no te olvides de agradecer. Llegado el momento, agradece.